

te porque se cree inocente; si se encoleriza es porque cree que se le vitupera; si es envidioso, es porque se cree con mas mérito que los demás; si se entrega al desórden de la impureza, es porque es amante de figurar, de darse gusto, de ver y ser visto; si es maldiciente es porque quiere elevarse sobre las ruinas de otro; si es rebelde é indócil, es porque pretende tener buena conducta; en fin, si deja de frecuentar los santos sacramentos ó abusa de ellos, es porque el exámen que debia hacer de sus pecados costaria mucho á la delicadeza de su orgullo.

Tres prácticas. 1ª Ocuparnos de nuestras faltas y jamás de las de los demás. 2ª No hablar ni mal ni bien de nosotros mismos, y siempre bien de los demás. 3ª Amar y practicar la humildad, y jamás imponerla á los otros.

IV.—Sobre la humildad cristiana.

La humildad, para ser cristiana y una causa de salud eterna, debe ser profunda y entera, sincera y sin pliegues, constante y sostenida, libre por eleccion, personal y propia; en fin vigilante y atenta. Son estos los caracteres de vuestra humildad? No es la vuestra. 1.º *Una humildad limitada?* Humildad á la cual señalais el tiempo, los lugares y circunstancias propias, segun vuestro capricho, por temor de abajaros demasiado? Si la humildad os encuentra bajos delante de Dios, tal vez procurais endulzar la triste conviccion de vuestros males mirándoos en vuestros bienes, en vuestro prójimo, en vuestros amigos, en vuestras cualidades físicas ó morales, sobre todo en la vana opinion de los hombres: os alegrais del desprecio del público que se engaña en favor vuestro.

2.º *¿Una humildad engañosa?* Una humildad que busca los hombres en el desprecio aparente de los hombres. Vosotros os humillais: sí, pero con el fin de ser elevados. Vosotros huís: sí, pero con el fin de ser buscados; mientras que los que tienen menos educacion, se alaban tontamente ellos mismos, es en ellos mas natural y sensible el desahogo de su orgullo; vosotros, mas ladinos, vais á la gloria por caminos desviados, quereis las dulzura del orgullo sin participar de su descrédito.

3.º *¿Una humildad pasajera?* Humildad que se desmiente á la menor prueba. En el fervor de vuestras plegarias, es cierto, convenis en vuestra nulidad, pero á la menor injuria, ¡qué sensibilidad! ¡qué escándalo! que se diga de vosotros en público lo que vosotros admitis, y conoceis en secreto, os causa una revolucion: ¡no es esto la verdad?

4.º *¿Una humildad forzada?* La humildad que no es mas que segun las circunstancias, jamás segun la religion. No sois vosotros los que os humillais, es Dios el que os humilla, son los hombres; si os mantenéis en la humildad es porque se os rehusa el favor, porque os faltan los bienes, porque os han quitado vuestro apoyo; si observais la modestia es porque conviene á vuestra edad, y quizá á vuestra medioere fortuna; no os vengais porque no podeis; si confesais vuestras faltas, es porque no veis el modo de excusarlas, ¿Os reconocéis aquí á vosotros mismos?

5.º *¿Una humildad comun y general?* Humildad que no os confunde sino con el comun de todo el género humano; si se trata del género humano, vosotros sin trabajo alguno decís todo el mal posible; vosotros des-

cendeis tan bajo como se quiere, en todo lo que conviene á la generalidad del género humano, pero en las cosas propias y personales, que delicadeza! qué vivacidad! Una falta que no es mas que vuestra, si se os reprehende, os desconcierta. Que se os recuerde la flaqueza de vuestras envidias, la indignidad de vuestras afecciones, la bizarria de vuestro humor, ciertos vicios que os caracterizan, de hecho, perdeis la humildad; mas bien mostrais aspereza y cólera.

6.º *Una humildad impertinente y temeraria?* Humildad que espone públicamente el tesoro de sus virtudes. El viento del orgullo hincha en vosotros hasta la misma piedad; y aunque este buen sentimiento pierde parte de su valor desde que se hace con ostentacion, lo mirais con complacencia, lo mostrais á los otros con alegría sin que os dé cuidado de que disminuya delante de Dios con tal que sea conocido de los hombres. Desgraciados de vosotros si tal es vuestra humildad. *Est qui nequiter humiliat se, Eccl., XIX, 23.*

Cuarto Domingo de Adviento.

I.—Sobre el temor de Dios

*Vox clamantis in deserto: parate viam Domini, Luc., III, 4.*

La mision de S. Juan Bautista fué preparar los caminos al Señor. Empezó esta preparacion llenando á los pueblos del temor de Dios: *geminina viperarum quis, etc., jam securis etc., Luc., III, 7, 9.* Por tres motivos debemos llenarnos del temor de Dios.

Primer motivo. Porque es el mas legítimo de todos los temores, *quis non timebit te Domine? Apoc., XV, 4.* Cómo no temblar delante de Dios.?

1.º *Dios lo ve todo.* El sabe lo que pasa dentro y fuera de nosotros: *scrutans corda et renes, Deus, Ps. VII, 10;* testigo continuo, testigo que ve con claridad, testigo interesado: *quis me videt ... quem vereor et non, etc., Eccl., XXIII, 25 seq.* La presencia de un grande de la tierra, de un padre, de un maestro, nos inspira un respetuoso temor: ¡á que no nos obligará pues, la inmensidad de Dios presente en todas partes?

2.º *Dios todo lo juzga.* Juzga la misma justicia, y su santidad es la regla por la que la juzga: ahora, comparado á un Dios tan santo, quién podrá jactarse de ser inocente.?

3.º En fin, *Dios todo lo castiga: Numquid homo Dei comparatione, etc., Job., IV, 18.* Cuántas señales de su ira no se ven en el cielo, en la tierra y en los infiernos! Pero sobre todo en el Calvario que señaló el Dios de las venganzas; *Deus ultionum libere egit, Ps XCIII, I,* donde su propio hijo fué inmolado. Y estareis tranquilos vosotros, esclavos rebeldes? *Si inviridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet, Luc., XIII, 31,*

Segundo motivo. Porque es el mas ventajoso de todos los temores: *beatus vir qui timet Dominum, Ps., CIX, 1.* Feliz en todo el que teme á Dios! 1.º *Feliz en su pecado:* pronto saldrá de él: no será por mucho tiempo el enemigo mortal de aquel cuyo odio, justicia



y pérdida teme. Será necesario apagar su temor sino destierra su pecado, *timor Domini expellit peccatum*, Ecclesi., I, 27. *Feliz en su penitencia*: No olvidará los peligros que corrió: una desgracia mas grande sería el castigo de su caída; *noli amplius peccare ne*, etc., Joan., V, 14. Conservará la gracia si conserva el temor. 3º En fin, *feliz en la obra de su perfeccion*. A sus ojos no hay infidelidades ligeras, ligera observancia; su fe jamas habia sido tan viva, su esperanza tan firme, su amor tan ardiente; *qui timet Deum nihil negligit*, Eccl., VII, 19. *Quomodo diligas nisi timeas non diligere*, Tertull. Va de virtud en virtud hasta el término feliz de su consumacion.

Tercer motivo. Porque es el mas noble de todos los temores: *Timor Domine gloria*, Eccl., I, 11. Nada hay mas grande que el temor de Dios. 1º Viene de Dios; es un don del Espíritu Santo y no tiene otro objeto que el infierno y sus tormentos; desde el momento que quita la voluntad de pecar es obra de la gracia: La Iglesia lo ha decidido. 2º *Nos une á Dios*, conduciéndonos por el temor del castigo al temor de pecar: *timor Dei initium delectionis ejus*, Eccl., XXV, 16. Pronto el alma se perfecciona y solamente se hace sensible á la pérdida de la gracia y de la amistad de su Dios: *Plenitudo sapientia est timere Deum*, Eccl., XI. Temor filial que lleva los rasgos del amor y de la caridad.

3º En fin, *él nos eleva encima de todo lo que no es Dios*. El temor de Dios desvanece todo otro temor. Que el mundo se ocupe en juzgar: *Mihi autem pro minimo est ut á vobis judicer*, I, Cor., IV, 3. hay un juez que debe temerse mas que á él. Que se reunan todas las desgracias de la fortuna y no habrá mas que un mal temible, el pecado. *Unum timet Chrysostomus peccatum*. Que se presente el terror de la muerte y el aparato del suplicio para horrorizar; en la eternidad hay una muerte y unos suplicios mil veces mas horribles. *Nolite timere eos qui*, etc., Luc., XII.

Tres prácticas. 1ª Pedir en todas nuestras plegarias el temor de Dios. 2ª Conservarlo en todas nuestras acciones. 3ª En todas nuestras acciones recurrir al temor de Dios.

II. — Sobre el mismo asunto.

Feliz el que teme á Dios con el temor de la fe, alimentado por la reflexion, ejercitado por la fidelidad, moderado por la esperanza, guiado por la obediencia, perfeccionado por la caridad! Mirad si es así vuestro temor de Dios. 1º *Debe ser escitado por la fe*. Si no temeis al Señor será seguramente porque no le conocéis, y no creéis mas que debilmente en él y en sus santas Escrituras. 2º *Debe ser alimentado por la reflexion*: vuestra disipacion y la aprension por los males temporales os vuelve insensible á los males verdaderos, los males eternos.

3º *Debe ser ejercido por la fidelidad*, vuestra conducta me dirá si temeis á Dios. La sumision, la dulzura, la modestia, la religion, son los caracteres de una conciencia timorata, y al contrario, etc. 4º *Debe ser moderada por la esperanza*: la esperanza sin el temor hace presuntuosos, el temor sin la esperanza, desesperados. No pecais en alguno de estos dos extremos? 5º *Debe ser guiado por la obediencia*: despues de

haber espuesto á un director esclarecido vuestros temores, vuestras dudas, vuestras aprensiones, os sometéis á sus consejos y órdenes? 6º *Debe ser en fin, perfeccionado por la caridad*: El temor os ha preparado el camino de la caridad? El temor sin el amor es bueno, sobrenatural, pero no basta para la salvacion. Temer sin amar es el patrimonio de los esclavos; temer y amar es el carácter de los hijos.

Domingo de la octava de Navidad.

I. — Sobre el tiempo con respecto á la eternidad.

*Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel*, Luc., XX. Jesucristo será la ruina y la salvacion de muchos; es decir, será nuestra salud si nos aprovechamos, y nuestra ruina si abusamos del tiempo que nos ha concedido. Para no abusar del tiempo es preciso compararlo con la eternidad. Tres motivos á ello nos obligan.

Primer motivo.—Todo lo temporal debe parecer poco respecto de la eternidad: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*, Ecclesi., I, 2. Consideremos los bienes y los males temporales en el punto de vista de la eternidad. 1º Algunas veces son imaginarios y exagerados. Bienes imaginarios: los dichosos del siglo no lo son mas que en la idea de otro; su envidia, su ambicion, su avaricia les roe. Males imaginarios; que el desgraciado mas digno de compasion, compare sus males con los tormentos del infierno, sus dolores desaparecen; en la eternidad todo es real y sin exageracion. 2º Son mezclados é interrumpidos: cuántas fatigas para obtener los bienes, cuántas alarmas para conservarlos! qué amarguras cuando se ven despojados de ellos! Los males tienen sus calmantes: estos son los amigos, los parientes, los ministros santos, será la uncion de la gracia y el testimonio de una buena conciencia los que calmarán nuestros dolores; en la eternidad todo es puro y sin mezcla. 3º En fin son limitados y poco durables. Nuestra vida solamente dura la décima parte de la de nuestros padres: y qué son novecientos años comparados con la eternidad? Un instante, una sombra, un sueño y ¡quién lo dice! aquellos que despues del tiempo probaron la eternidad. *Transierunt omnia illa tanquam umbra tanquam*, etc., Sap., v, 9. En la eternidad todo es constante y sin fin.

Segundo motivo. No existe nada temporal que no sirva de preparacion para la eternidad. *Tempus breve est*. Es cierto; 1º que el tiempo es corto pero precioso. Precioso en su fuente que es la sangre de un Dios; precioso en sus momentos porque no tiene un momento al cual no se le encargue nuestra salud; precioso en su fin porque de él se sigue la eternidad: *Ecce nunc diés salutis*, II, Cor., VI, 2. 2º Es corto pero muy favorable: *Momenta æternitatis gravida*. Os ofrece mil ocasiones de desprendimiento y abandono, de conformidad y sumision, de exactitud y fidelidad. 3º El tiempo es corto, pero será tarde ó temprano irreparable: *Dúm tempus habemus*, etc., Gal., VI, 10. Llegará el momento fatal en que llorareis los momentos perdidos; deseos infructuosos! *Tempus non erit amplius*, Apoc., X, 6.

Tercer motivo. No hay nada temporal que no cambie en la eternidad:



*Ecce nova facio omnia*, Apoc., XXI 5., Todo cambiará en la eternidad. 1º Cambio terrible para los dichosos del siglo: es muy justo que á su turno prueben lo que es llorar, sufrir y estar faltos de todo: *Væ vobis divitibus*, etc., *væ*, etc., Luc., VI, 24. 2º Cambio favorable para los justos afligidos, *Filii*, *recordare quia*, etc., Luc. XVI, 25. Ved aquí su tiempo de dolores, llegará el de la alegría. 3º En fin, cambio algunas veces mal entendido por los unos y por los otros. *Plorabit et flebitis vos, sed etc.*, Joan., XVI, 20. Todos los que son felices en este mundo serán reprobados? No, si en medio de su prosperidad, tienen todas las virtudes de la adversidad: *Beati pauperes spiritu*, Matth., v, 3. Todos los que padecen en este mundo serán predestinados? No, si en su adversidad, tiene los vicios de la prosperidad.

Tres prácticas. Despreciar las cosas de la vida por estimar la eternidad. 2ª Emplear todos los momentos de la vida en prepararnos para la eternidad. 3ª Consentir en ser afligidos en la vida para ser felices en la eternidad.

II.—Sobre la pérdida del tiempo.

*Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum*, Luc., II. La venida de Jesucristo condenará á todos los que habrán abusado del tiempo y de las gracias que les habia concedido.

Dos motivos nos obligan á no desperdiciar ningun momento de nuestra vida.

Primer motivo. Nada debe perderse menos que el tiempo; ved aquí las pruebas: 1º El tiempo es precioso, etc. 2º El tiempo es corto: *Tempus breve est*, II, Cor VII, 20. Si reflexionamos sobre los peligros de la vida, sobre la multitud de nuestras obligaciones, sobre la duracion de la eternidad especialmente. 3º En fin el tiempo es irrevocable. Se puede reparar durante la vida, pero jamás volverlo á llamar; pronto por sí mismo se hace irreparable: *Tempus non erit amplius*, Apoc., X, 6. Ya no hay mas tiempo para el réprobo: á que precio no compraria cualquiera de estos momentos que nosotros empleamos en bagatelas!

Segundo motivo. No hay nada mas fácil de perder que el tiempo.— De tres modos se pierde el tiempo:—1º—no haciendo nada. Yo llamo nada á esta ociosidad continua, las frívolas diversiones, los pasatiempos inútiles y que ocupan la mayor parte del dia. 2º Se pierde el tiempo haciendo mal: llamo mal aquellas satisfacciones criminales que infectan nuestro espíritu, nuestro corazon y nuestra conducta. 3º Se pierde el tiempo haciendo mal el bien: yo llamo bien que se hace mal, no solamente aquellos ejercicios de piedad, interrumpidos ó trunco, abreviados y descuidados, sin fervor de devocion y sin pureza de intencion; sino que tambien los deberes de profesion, aquellas obligaciones de nuestro estado, en las cuales no observamos ni las circunstancias, ni la medida, ni las disposiciones convenientes. ¿Cuántos hay, pues, que no pueden echarse en cara haber perdido el tiempo?

Tres prácticas:—1ª Reflexionar á menudo cuánto importa emplear bien el tiempo. 2ª Sentir amargamente el tiempo hasta aquí mal em-

pleado. 3ª Procurar de aquí en adelante emplear mejor el tiempo, mediante el socorro de la gracia.

Domingo entre la octava de la Circuncision y de la Epifania.

I.—Sobre la infancia cristiana.

Dos motivos nos obligan á practicar y á querer la infancia cristiana.

Primer motivo.—Tenemos en el cielo un padre á quien debemos la ternura de un hijo: *Nemo tam Pater*. Tert., En comparacion del padre celestial, no hay padre en la tierra que merezca mejor—1º—toda la ternura de nuestro reconocimiento; creacion, redencion, conservacion, ventajas de la naturaleza y de la gracia, alimentacion, valor, talento, ¿á quién debemos tantos bienes? Ya que es á Dios, ¿dónde está vuestra gratitud? *Si Deus Pater vester, utique diligeritis*. Joan., VIII, 42.—2º Toda la ternura de vuestra benevolencia: que celo manifiesta un niño por la felicidad de su padre, por la defensa, por la gloria de su padre! ¡qué furor cuando ve á su padre despreciado, insultado, maltratado! Dios es nuestro padre y no exige menos de nosotros. 3º Toda la ternura de nuestra complacencia: La grandeza y amabilidad de nuestro padre celestial sobrepasan á toda espresion, á toda concepcion. ¿Dónde están, bajo este punto de vista, los transportes de alegría que sentimos, contemplando la felicidad de nuestros padres segun la carne?

Segundo motivo.—Tenemos en el cielo un padre á quien se debe la docilidad de un niño: *Si ergo pater vester, ubi est honor meus?* Matth., I, 6. Docilidad—1º—llena de sumision á sus decisiones y oráculos, á su voluntad y á sus órdenes, á sus correcciones y á sus castigos, Dios quiere que se le crea cuando habla, que se le obedezca cuando manda, que se sometan cuando corrije. ¿Hay para qué admirarse? Nuestros padres en la carne lo exigen de nosotros.

Docilidad:—2º—llena de atencion y exactitud: *quæcumque pater fecerit, hæc et filius similiter facit*. Joan., V, 19. Un niño bien nacido, no cesa en todas ocasiones de estudiar las inclinaciones, de seguir los ejemplos, de secundar los designios de su padre: ved aquí el verdadero modelo que debemos á Dios.

En fin, docilidad: 3º llena de confianza, que no admite otra inquietud que no ser bastante solícito: *Quis enim ex vobis patrem petit panem*, etc., Luc., XI, 11. En todo lo demás, Dios quiere que descansemos en su cuidado, que recurramos á su bondad, que nos aseguremos en sus manos: *Nolite solliciti esse. . . scit enim pater*, etc., Matth., VI, 3. El es nuestro padre, y un padre tiene placer en ver á sus hijos en esta disposicion.

Tres prácticas: 1ª Entregar toda nuestra afeccion á nuestro Padre que está en el cielo. 2ª Obedecer de todo corazon á nuestro Padre que está en los cielos. 3ª Recurrir á él en todas nuestras necesidades.



II.—Sobre la infancia criminal.

No sois por ventura vosotros como el comun de los niños, es decir:—  
 1º.—*Pueriles en vuestras diversiones?* ¿Cómo llamarémos, en comparación del negocio de la salvacion, estos cuidados que os ocupan enteramente, sino juegos de niños? Si os reis de ver á los niños hacer castillos en el aire, ¿vuestros planes con respecto á la brevedad de la vida, tienen mayor solidez? 3º.—*Insensibles en vuestras pérdidas?* Por el pecado perdeis á vuestro Señor, vuestro Dios, vuestra salvacion; ¿y no derramais una sola lágrima? A quién os pareceis, sino á los niños que á la muerte de un padre, de una madre; no sienten su propio infortunio? 3º.—*Afectos á vuestras bagatelas?* ¿A quién amais si no amais á Dios? La vanidad, un humo, un placer de un momento, una satisfaccion pasajera, es bastante, si la perdeis, para causaros alarmas mortales. No hacen lo mismo los niños cuando se les quita su predilecto juguete? 4º.—*Celosos de vuestros iguales?* ¿Los celos, por ventura, no son el vicio de los grandes y pequeños? Si tienen un interés un poco mas real, no son dignos de reprehension? no merece ponerlo en el número de las vagatelas? 5º.—*Amantes de la lisonja?* ¿La vuestra no es débil como la de los niños? Alabaros, aplaudiros, ¿no es el medio de obtener de vosotros todo lo que se desea? ¿Qué vergüenza! 6º.—En fin, *débiles en vuestros intentos?*—¿Qué se necesita para hacerlos caer en pecado? Una lijera tentacion, un respeto humano, una pequeña satisfaccion, un momento de humor tergiversan todos vuestros planes y bellas resoluciones; vuestra propia experiencia de ello da prueba. ¿A quién, pues, se os puede comparar, puedo yo decir con el Salvador, sino con los niños? Matth., XI, 16.

Domingo de la octava de la Epifania.

I.—Sobre la obligacion de servir á Dios en la juventud.

*Cum factus esset Jesus annorum duodecim, etc., nesciebatis, etc., proficiebat sapientiá, etc.,* Luc. II, 42. El Evangelio de este dia en toda su extension, nos presenta á Jesucristo desde su mas tierna juventud, muy cuidadoso en procurar la gloria de su padre: por fruto de este bello ejemplo, nuestro Señor pretende vernos consagrar al servicio de Dios todo el tiempo de nuestra juventud. Tres motivos nos conducen á ello.

Primer motivo. El olvido de Dios ofende al Señor en todas edades, y sobre todo en la juventud: *Erat peccatum puerorum grande nimis.* I Reg., II, 17.

Olvido de Dios, sobre todo en la juventud. 1º. Olvido injurioso y ofensivo: la criatura poseerá, llenará sus mas hermosos dias; pero al Señor le reserva un tiempo incierto, un tiempo dividido, un tiempo que no les sirve; él es celoso de las primicias y las primicias son para el mundo; él busca y quiere á la juventud y la juventud le huye y le desprecia: *Sinite parvulos ad me venire, etc.,* Matth., XIX, 13. ¿Se pue-

de concebir cosa mas indigna! 2º. Olvido determinado por la reflexion: El desarreglo es muy grande en la gente jóven. Si se les cree, no hacen mas que usar de sus privilegios. Nada tiene Dios que pedirles y si le ofenden es porque su edad está destinada á ofenderle. La virtud les sentaria mal, el pecado les sienta perfectamente. Está, pues, reservado á la juventud aplaudirse sus desórdenes: en cualquier otra edad uno se avergüenza; la juventud se gloria de ello, gloria bien criminal.

3º. Olvido seductor y contagioso. El mundo complace á la juventud, á la cual teme entristecer, hasta favorecer su relajacion. Si alguna vez se trata de sujetarlos, los vereis que se buscan, se reunen, forman una liga, se comunican sus planes, sus complots, se ayudan, se animan, ó por mejor decir, se pervierten los unos á los otros: tales son los caracteres del olvido de Dios en la juventud.

Segundo motivo. Porque el olvido de Dios multiplica los desórdenes en todas las edades, y sobre todo en la juventud: *tria sunt difficilia mihi et quartum penitus ignoro.* Prov., XXX, 18.

Si el temor de Dios no viene á socorrerla ¿qué será—1º—de una juventud sin fuerza, asediada por el demonio? Despues que es objeto de la ternura del Señor, á él le hace objeto de su rabia, no cesa de obsederle; una razon poco iluminada, una imaginacion viva, una sangre que hierve, un valor mal asegurado, todo contribuye á llevar á la juventud como un águila, mas allá de sus límites. *Viam aquila in caelo.* Prov., XXX, 18.

2º. ¿Qué será de una juventud sin experiencia, y que el mundo atrae? Si el mundo puede corromper todas las edades, cómo podrá escapar de sus lazos un humor fácil y un corazon sensible, un carácter de credulidad, de sencillez; que se entrega imprudentemente, y deja que el vicio se le deslice como una serpiente. *Viam colubri super terram.* Ibid.

3º. En fin, ¿qué será de una juventud sin reflexion, que las pasiones agitan? Ellas se disputan la gloria de reinar en su tierno corazon, haciéndole su presa sucesivamente. Es muy comun que hagan sentir su tiranía, etc., No esperéis reflexion de una juventud inconsiderada: es un buque, juguete de los vientos. *Viam navis in medio mari ...* Ibid. *Viam viri in adolescentiá.* Prov., XXX, 19.

Tercer motivo. El olvido de Dios espone la salud en toda edad, y mayormente en la juventud: *Ipsa morietur, et multitudine stultitiæ suæ discipietur,* Prov., V, 23. ¿Cómo convertirse despues de una juventud desarreglada? 1º. La muerte algunas veces es demasiado precipitada; se confia en largos dias y Dios irritado los abrevia: *Anni impiorum breviantur,* Prov., X, 27. El mismo libertinage es el que arruina la salud, que hace hervir la sangre destruyendo el temperamento mas robusto. Es necesario morir antes de tiempo: *Ne moriaris in tempore tuo,* Eccles., VII, 10. ¿Cómo convertirse?

2º. A menudo se difiere la penitencia. Uno entra en un empleo sin vocacion. (El modo de conocerla es ser enemigo de Dios? Mil embrazos, mil obstáculos se suceden y crecen con la edad. (Dios lo permite), privan al hombre, á pesar de sus buenos deseos, de entregarse á la penitencia. ¿Cómo convertirse?

3º. El hábito está siempre demasiado arraigado: *Quo simul est imbuta recens, servabit odorem testa diu.* S. Hier., et Poeta. Casi nunca se



borran las impresiones de la juventud. Se verán libertinos, que habiendo sido virtuosos en su juventud, entran en sí mismos, pero libertinos desde su infancia, convertidos y fieles hasta la muerte, son milagros inauditos: *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedat ab ea*, Prov., XXII. Busquemos la causa; los hábitos que se adquieren en la juventud son casi imposibles de dejar. Una juventud desordenada es una señal de reprobacion: *Ossa ejus implebuntur vitis adolescentia et cum eo in pulvere dormient*, Job., XX, 11. Tres prácticas. 1ª Deplorar delante de Dios los pecados de nuestra juventud. 2ª Conservar para Dios los años de nuestra juventud. 3ª Cumplir fielmente con Dios las obligaciones de nuestra juventud.

II.—Sobre el mismo asunto.

*Cum factus esset Jesus, etc.*, Luc., II, 42 et seq. Todas las ocupaciones de Jesus durante su juventud, fueron dedicadas á la gloria de su Padre; nosotros debemos aprovechar su ejemplo consagrando al servicio de Dios todo el tiempo de nuestra juventud. Dos motivos.

Primero. Nada iguala á la dicha de una virtuosa juventud. ¡Cuántas ventajas que quizá no habeis advertido jóvenes virtuosos! 1º Juventud querida de Dios. Nada es tan agradable á Dios, como los primeros afectos de un corazon tierno é inocente: *Primitia sunt Domini*, Num., XXXI, 29. Asaltado, sin embargo despues por nacientes pasiones y ejemplos corruptores, si el amor de la virtud triunfa de sus enemigos, ¡qué gloria para Dios! 2º Juventud favorecida por Dios; él quiso mostrarse en la juventud; todas sus bondades y casi todos sus milagros fueron hechos para la juventud. El promete recompensar al que hará bien, y confundir al que hará mal á la juventud. *Et quisquis scandalizaverit, etc* Marc., IX, 41. Pero apelo á vuestra esperiencia, jóvenes que me escuchais, si siempre habeis estado bien con Dios, ¡qué santas inspiraciones y buenos deseos! ¡qué aversion para el mal! ¡qué dulzura y encantos en la práctica de la virtud! El Señor no lo acostumbra usar con todo el mundo. 3º En fin, juventud predestinada de Dios. El bien mas grande de una juventud virtuosa, es conocer y tomar el estado á que Dios le llama, la conduce y la sostiene. La gracia de la vocacion forma una feliz cadena de gracias especiales que atraen el don de la perseverancia. Si por algun tiempo llega á desviarse ó á olvidar los santos ejercicios, los felices principios de una juventud virtuosa y fiel dejaron en el alma un jermen de vida que el soplo de la gracia puede fácilmente reanimar. Hay pocos ejemplos de jóvenes virtuosos que no hayan concluido felizmente su carrera.

Segundo motivo. Nada iguala á la desgracia de una juventud viciosa. Vosotros la tolerais porque está en la edad de los placeres; error. Juventud desgraciada y viciosa: 1º Juventud detestada por Dios. Despojarse de la ropa de la inocencia que apenas acaba de recibir, no reservar para Dios mas que inciertos dias, dias incompletos, dias amargos, las obras despreciadas del mundo; escoger para declarar la guerra á Dios una edad que él escogió para atestiguaros su amor; no es herirle no lo vivo. ?

2º Juventud abandonada de Dios; Ah! qué será un corazon jóven que olvidado de Dios se entrega al demonio, á los encantos del mundo, al asalto de las pasiones! si tales enemigos son formidables á todas las edades lo serán mucho mas para una juventud débil, inconsiderada y sin experiencia.

3º En fin, juventud reprobada por Dios. Los unos mueren antes del tiempo que destinaban para la penitencia, otros se ven acometidos por ciertas ocupaciones que les impiden pensar en la penitencia. De este modo se venga Dios de los que le olvidan, sobre todo en la juventud. Tres prácticas. 1ª Ser reconocidos á Dios por las gracias que nos hizo en nuestra juventud. 2ª Deplorar los pecados que cometimos en nuestra juventud. 3ª Practicar las virtudes que nos sostendrán en nuestra juventud.

III.—Sobre los caracteres de una juventud virtuosa.

Examinemos los rasgos particulares que caracterizan á una virtuosa juventud; os compadezco si os falta uno siquiera. Vedlos aqui:

*Amor de la devocion.* En lugar de entregaros á ella, ¿no la haceis burla con los otros? ¿No temeis que se rian de vosotros si os entregais á ella? Plegarias, asistencia á la misa, visitas al santísimo Sacramento, santificacion de las fiestas, piedad á la Santísima Virgen, á S. José, á vuestros santos Angeles, á vuestros santos Patrones, todos estos ejercicios ¿los haceis de corazon? Primer carácter. *Ardor por la instruccion.*—¿Creeis no tener ya necesidad de ella? ¿Quién os descubrirá en los lazos de Satanás, los peligros del mundo, los estragos de las pasiones? ¿Buscáis en la lectura de los buenos libros, en la asiduidad á las pláticas y otras instrucciones la luz y fuerza que os son necesarias? Segundo carácter. *Valor en la tentacion.*—Quizá porque son importunas os desanimais? Quizá porque habeis sucumbido una vez, no os atreveis á combatir las, creyendo que todo está perdido? No; no os abandoneis. Cuarto carácter. *Huir de las ocasiones.*—Nada hay mas esencial. La ociosidad, las malas compañías, la reunion de personas donde la santa virtud nada tiene que ganar, ¿os causan horror? Quinto carácter. En fin, *Fervor en todas las acciones.*—¿De qué modo desempeñais las obligaciones de vuestro estado? La paciencia, la obediencia, la modestia, la caridad, la verdad, la sobriedad, la dulzura, la castidad, la humildad, ¿reinan continuamente en vuestra conducta, en todos vuestros pasos? Sexto carácter. *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.* Thren., III, 27.

Tercer Domingo despues de la Epifania.

I.—Sobre la frecuente práctica de la confesion.

*Ecce leprosus veniens, etc., vade ostende te sacerdoti.* Matth., VIII, 2 et 4.